
CAPÍTULO II.

EL PONTIFICADO.

SECCION I.—MISION DEL PONTIFICADO.

§ I.—Apreciacion del Pontificado.

En la Edad Media el Papa es respetado como el sucesor de San Pedro, como el vicario de Jesucristo; su poder espiritual es reconocido en todas partes. En los siglos X y XI hay papas que son la hez de la especie humana; sin embargo, los peregrinos acuden á visitar los sepulcros de los Apóstoles. Gregorio VII y sus sucesores sostienen una lucha violenta contra el Imperio; sin embargo, no se ocurre á los emperadores poner en duda el poder divino de la Santa Sede. El enemigo más formidable del Pontificado, Federico II, incrédulo en una edad de fe ciega, no se atreve á arrostrar la opinion general; baja la cabeza ante el Papa, y le reconoce la superioridad en la jerarquía establecida por Dios mismo. La Edad Media era católica y debia respetar el Pontificado. Los destinos del Pontificado están íntimamente ligados con los del cristianismo tradicional. La sociedad cristiana es una; está basada en la posesion de la verdad, que es la misma en todas partes y será la misma en todas las edades. ¿De qué manera podrá conservarse esta unidad de espíritu y de dogma? El Pontificado es á la vez el órgano y la garantía de la unidad cristiana. Jesucristo mismo la ha fundado en la persona de San Pedro; el Verbo de Dios

se ha encarnado en la Iglesia, cuyo jefe es el Papa. Tal es el fundamento del poder del Pontificado, fundamento incontrastable, mientras el cristianismo histórico es la creencia dominante de la humanidad.

Pero esta conviccion de la divinidad del cristianismo y de la divinidad del Pontificado no puede ser siempre la creencia de la humanidad, porque se funda en un error: la revelacion milagrosa del Verbo de Dios. El espíritu humano protesta pronto contra el derecho divino de los papas, sin considerar que el atacar al Pontificado es atacar al cristianismo tradicional. La guerra contra Roma produce la reforma: el Papa es considerado como el antecristo por la mitad de la cristiandad. Pero con el Pontificado se va el cristianismo; los protestantes creen llevar á cabo una reforma en la Iglesia, volver al ideal del Evangelio, y lo que hacen es inaugurar una revolucion religiosa. El protestantismo conduce á la negacion de los dogmas fundamentales del cristianismo histórico; llegará un día en que los pensadores salidos de la reforma se darán la mano con los libre-pensadores que niegan toda religion. Tal es el lazo íntimo que une al Pontificado y al cristianismo tradicional; el cristianismo, tal como se ha desarrollado bajo el Imperio y en la Edad Media, domina con el Pontificado y cae con él.

El siglo XVIII tenía la conciencia instintiva de la union del cristianismo histórico y del Pontificado. Su mision era destruir la fe que habia guiado á la Edad Media, pero que no satisfacía ya á la humanidad moderna; de aquí ese encarnizamiento contra el Pontificado que advertimos en el órgano más avanzado del siglo: *Condorcet* nos pinta á Roma tratando de imponer al universo las cadenas de una nueva tiranía; á sus pontífices subyugando la ignorante credulidad con actos groseramente forjados; mezclando la religion en todas las transacciones de la vida civil, para usar de ella segun conviniese á su avaricia ó á su orgullo; castigando con un anatema, terrible por el horror que sobrecogia al espíritu de los pueblos, la menor oposicion á sus leyes, la menor resistencia á sus pretensiones insensatas; teniendo en todos los Estados un ejército de frailes dispuestos siempre á exaltar con sus imposturas los terrores supersticiosos, á fin de mantener vivo y poderoso el

fanatismo, privando á las naciones de su culto y de las ceremonias en que se apoyaban sus esperanzas religiosas, para excitarlas á la guerra civil; turbándolo todo, para dominar en todas partes, ordenando en nombre de Dios la traicion y el perjurio, el asesinato y el parricidio (1).

Este lenguaje es el de un enemigo, y no es propio de la historia: el historiador no debe odiar, sino amar. Los juicios de la filosofía de la historia recaen sobre la humanidad misma. Todo el pasado, á pesar de sus miserias y de sus errores, ha sido un paso en la marcha laboriosa hácia el fin que Dios ha asignado á nuestros esfuerzos. Maldecir una fase del desarrollo de la humanidad es maldecir la humanidad, es maldecir á Dios. Estas maldiciones son efecto de una pasion que ciega, que impide penetrar el sentido de las cosas y el espíritu de los hombres. Odiamos porque ignoramos, porque nuestro conocimiento es imperfecto. Dios, que lo ve todo, no aborrece. Penetre en nosotros un rayo de amor divino, para hacernos dignos de apreciar la vida de la humanidad.

El siglo XIX ha modificado las opiniones con que nuestros padres habian condenado el Pontificado; reconoce la grandeza del cristianismo, y está dispuesto, por consiguiente, á juzgar al Pontificado con equidad imparcial. Pero hay escollos en esta reaccion: el que juzga con benevolencia se deja fácilmente engañar. Escritores penetrados del espíritu moderno han creído encontrar en los papas de la Edad Media los defensores de la libertad y de la igualdad: «Tribunos dictadores, dice Chateaubriand, nacidos generalmente en las clases más oscuras del pueblo, los papas han recibido su poder temporal del orden democrático..... Su mision fué vengar y defender los derechos del hombre» (2).

Esta rehabilitacion del Pontificado es casi tan falsa como la maldicion que le lanzaba el siglo XVIII. No, los papas no son «los

(1) CONDORCET, *Cuadro de los progresos del espíritu humano*, p. 150 y sig.—El lenguaje de SMITH, el célebre economista, es tan violento como el de CONDORCET: «Puede considerarse á la constitucion de la Iglesia romana, durante los siglos X, XI, XII y XIII, como la más terrible conspiracion que se ha formado jamas, tanto contra el gobierno civil como contra la libertad, la razon y la felicidad del género humano.»

(2) CHATEAUBRIAND, *Memorias de Ultra-tumba*.

patriarcas del liberalismo europeo» (1); su mision no era una mision de libertad, sino de dominacion; no venian á emancipar á los hombres, sino á imponerles un yugo de hierro; su poder tiene sus raíces, no en la soberanía del pueblo, sino en las profundidades de la doctrina católica y en las necesidades de la Edad Media. Es preciso penetrar en la Edad Media si se quiere apreciar el papel que desempeña el Pontificado. Esto es lo que han hecho á porfia los historiadores alemanes; pero han encontrado otro escollo en su elevada imparcialidad. A fuerza de estudiar tiempos de fe, han confundido las edades, y han creído que la fe del siglo XV podia ser todavía la del siglo XIX. El catolicismo y el Pontificado se han convertido en un ideal. Pero idealizar lo pasado es calumniar lo presente y falsear lo por venir. Si el catolicismo es el ideal, es necesario repudiar los sentimientos, las necesidades y las creencias que hemos adquirido con el desarrollo progresivo de la humanidad; hay que deshacer lo que se ha hecho despues de la reforma y volver cuatro ó cinco siglos atras. ¿Quién no echa de ver la imposibilidad de este retroceso, y por consiguiente el error de la apreciacion histórica que conduce á él? Debemos juzgar el pasado con la vista fija en el porvenir; debemos apreciarlo con imparcialidad y hasta con amor; pero, léjos de idealizarlo, no debemos ver en él más que un momento en el desenvolvimiento infinito del género humano.

§ II. — Necesidad del Pontificado.

Los destinos del cristianismo están unidos con los de la raza germánica. La doctrina cristiana es un producto de la civilizacion de la antigüedad, pero no estaba llamada á regenerar el mundo gastado en que ha nacido y se ha desarrollado.

La corrupcion universal invadió al cristianismo mismo; iba á perecer cuando Dios envió á los Bárbaros. La religion cristiana y la raza germánica son los dos elementos cuya mision íntima ha de producir la civilizacion moderna. Pero los conquistadores del

(1) Así es como LAMENNAIS llama á Gregorio VII en *L'Avenir*.

Imperio, lanzados súbitamente en medio del lujo y de la decrepitud de Roma, se corrompieron al contacto de una sociedad podrida. De la mezcla de la bárbarie germánica y de la decadencia romana resultó una desmoralización monstruosa que hacía temer la inmediata disolución de los nuevos estados apenas formados. La Iglesia estaba destinada á salvar en su cuna la civilización moderna, moralizando á los Bárbaros; esta posición de la Iglesia frente á los pueblos germanos es la que determina la misión del Pontificado y todo el desenvolvimiento de la humanidad en la Edad Media.

La Iglesia es esencialmente un poder educador; pero no puede serlo más que á condición de dominar á los hombres rudos, á quienes tiene que dirigirse. Funda su derecho á la dominación en el poder espiritual que le reconoce la conciencia general. La doctrina cristiana divide el alma y el cuerpo, las cosas espirituales y las cosas temporales, el mundo futuro, que es la verdadera vida, y el mundo actual, que no es más que una preparación para la vida; da la preeminencia al alma, á lo espiritual, á la vida futura. ¿Quién puede guiarnos á esta existencia espiritual? ¿Quién tiene poder sobre el alma? La Iglesia. Dios ha dado á los Apóstoles y á sus sucesores el poder de atar y desatar. Si la Iglesia tiene poder sobre el alma debe tener también poder sobre el cuerpo en todo lo que afecta al alma; el poder espiritual da necesariamente acción sobre el poder temporal en lo que interesa á lo espiritual. Reconocer á la Iglesia el poder espiritual es, pues, darle una acción incesante é ilimitada sobre lo temporal.

¿Quién ha de ejercer este poder espiritual? Hay lucha en el seno de la Iglesia entre el episcopado y el Pontificado. Todos los obispos son sucesores de los Apóstoles; todos participan del poder espiritual; pero el obispo de Roma pretende que le corresponde por derecho divino la supremacía como sucesor de San Pedro, como vicario de Jesucristo. Hasta el siglo x vence la aristocracia episcopal. Hemos dicho en otra parte (1) cuál ha sido la misión del episcopado: funda el dogma en los grandes concilios de los siglos iv y v, y cuando llegan los Bárbaros sirve de apoyo á la

(1) Véase el tomo v de mis *Estudios*.

Iglesia. Pero la aristocracia episcopal no tiene las condiciones necesarias para llevar á cabo la misión del catolicismo. Los obispos, por la fuerza de las cosas, dependen del Estado, y su dependencia va aumentando desde el siglo v hasta el siglo x; el Estado nombra los obispos, administra la Iglesia é influye hasta en el dogma. En medio de la anarquía que siguió á la invasión, la intervención del Estado era un bien para la Iglesia; el brazo poderoso de Carlo-Magno la ha salvado de la disolución. Pero esta subordinación no podía ser la condición normal de la Iglesia; era contraria al espíritu cristiano, estaba en oposición con la misión del cristianismo entre los Bárbaros: ¿Cómo había de pertenecer el poder espiritual á aquellos que, como representantes del poder temporal, debían humillarse ante la Iglesia, órgano de lo espiritual?

La subordinación del episcopado comprometía hasta la existencia del poder espiritual. El Estado, del cual dependen los obispos, es un estado bárbaro; la sociedad entera es presa de la bárbarie. Los obispos se confunden con la aristocracia guerrera; adquieren sus gustos y sus pasiones; se hacen bárbaros por sus costumbres y por sus vicios, en lugar de dominar la bárbarie. ¿Cómo había de abrigar pretensiones al poder espiritual la Iglesia envilecida de esta manera? ¿Cómo habían de pretender dominar en el alma y en el cuerpo unos obispos concubinaros, guerreros, manchados de crímenes? ¿Cómo habían de moralizar á los Bárbaros los que estaban contaminados con los vicios de la sociedad bárbara? Pero ¿qué va á ser de la Iglesia si el poder espiritual está viciado en su esencia? ¿Qué va á ser de la civilización si la Iglesia pierde su influencia? La Iglesia y la civilización hubieran perecido en la anarquía feudal si el Pontificado no se hubiera apoderado por una reacción violenta de aquel poder espiritual que el episcopado era incapaz de conservar.

La Iglesia tiene una elevada misión: es la luz espiritual de la Edad Media; pero para guiar á la humanidad cristiana necesita, ante todo, realizar este ideal en su seno. Representa el poder del alma; pues así como el alma domina al cuerpo para marchar libre á la conquista del cielo, así también la Iglesia tiene que separarse de la sociedad laica, en la cual dominan las pasiones brutales, la

fuerza y la violencia. No puede participar ni aún de los sentimientos legítimos de la sociedad láica: si se encadenara con los vínculos del matrimonio, si ambicionara la posesión de los bienes de la tierra, ¿no dejaría de ser un poder espiritual? El matrimonio, la propiedad, los gozos de este mundo pertenecen á la sociedad láica; á la Iglesia el celibato, la comunidad de bienes, el sacrificio. Tales son las condiciones rigurosas del poder espiritual; el Pontificado las impone al clero. Una vez constituido el poder espiritual, la Iglesia se ha salvado, y puede realizar la misión que Dios le ha encomendado.

Tal es la razón profunda del advenimiento del Pontificado. Jamás ha habido poder más legítimo, porque está fundado en la necesidad. No ha sido la ambición, sino las circunstancias favorables en que se encontraron los obispos de Roma, la fuerza de las cosas, lo que ha dado origen al Pontificado. Los Bárbaros tienen necesidad de un poder moral, educador; Dios prepara este poder en el cristianismo. Los Bárbaros reconocen á la Iglesia el poder espiritual; pero es preciso que la Iglesia se muestre digna de tan alta misión; debe ser un verdadero poder espiritual, organizado según el espíritu del Evangelio. Sin embargo, el episcopado, corrompido por el contacto de la sociedad láica de quien depende, se rebaja hasta el nivel de la barbarie que estaba llamado á moralizar. La existencia de la Iglesia peligró; el Pontificado la salva juntamente con la civilización.

§ III. — Misión del Pontificado.

El Pontificado organiza el poder espiritual y lo concentra en sus manos; desde este momento tiene un derecho incontestable á dominar sobre el poder temporal. Esta dominación ha dado motivo á los más violentos ataques contra la ambición y la tiranía de los sucesores de San Pedro. Comprendemos estas invectivas; están inspiradas por la reacción de la libertad contra las pretensiones de un despotismo que sobrevive á las circunstancias en que ha nacido. Pero en el desarrollo del género humano no hay nada ab-

soluto; el imperio del sacerdocio, que en el siglo XIX sería un contrasentido, ha tenido su legitimidad en la Edad Media. La sociedad no era en el siglo XI lo que es en el XIX. Reinaba la anarquía; no había más derecho que la fuerza; el Occidente estaba á punto de convertirse en una caverna de bandidos. El estado social ha cambiado de tal modo que es difícil hoy formarse idea de lo que era la Europa en la Edad Media. Y sin embargo, es esencial; para apreciar el Pontificado hay que conocer el medio en que se ha producido. Los que lo maldicen en lo pasado trasladan indudablemente nuestro estado social á la Edad Media; no advierten que cometen un inmenso anacronismo. Como partidarios de la doctrina del progreso, deberían comprender que cada edad tiene sus necesidades, que si el Pontificado es una cosa inútil en unos tiempos en que reina la libertad del pensamiento y en que está asegurado el imperio del derecho, no sucedía lo mismo en una época en que las más nobles inteligencias se sometían á la fe y en que la sociedad estaba entregada al imperio de la fuerza. Es necesario, pues, ante todo, trasladarnos á aquellos siglos de tinieblas y de anarquía. Escuchemos la voz de los contemporáneos.

El cardenal *Damian*, amigo de Gregorio VII, escribe al Papa: « Los hombres del siglo invaden los bienes de la Iglesia; se apoderan de la propiedad del pobre como si fueran despojos del enemigo. Luégo se acometen mutuamente. Abundan los crímenes. ¿Quién teme al perjurio? ¿Quién se avergüenza de la impureza? ¿Quién teme al sacrilegio? ¿Quién retrocede ante las más horribles maldades? El espíritu del mal precipita con furor al género humano en un abismo de males inauditos. No se ven más que guerras, invasiones y ruinas. La espada da muerte á mayor número de hombres que las enfermedades inherentes á la naturaleza humana. El mundo entero es como un mar agitado por la tempestad; las disensiones y las discordias, semejantes á las olas irritadas, agitan á todas las almas. El espantoso homicidio recorre la tierra, azotándola con su envenenado aliento. Los desórdenes se multiplican á medida que se acerca el fin del mundo » (1).

(1) DAMIANI, *Ep.* I, 15 (t. I, p. 12); IV, 3, p. 51; II, 1, p. 24.—ID., *Apologetic. de contentu mundi*. Opusc. XII, 13 (t. III, p. 111).

La disolucion de la sociedad y la corrupcion de la Iglesia hicieron creer á los espíritus contemplativos que el mundo se acercaba á su ruina (1). En verdad el mundo hubiera perecido si la Iglesia no se hubiera regenerado bajo la mano poderosa de Gregorio VII. El gran Papa, en lugar de entregarse á estériles gemidos acerca del fin del mundo, emprendió atrevidamente la conversion de aquellos hombres de violencia á la ley cristiana. La carta que escribió á los obispos de Francia nos revela el papel que se atrevió á desempeñar el Pontificado enmedio del desbordamiento de la fuerza: «El reino de Francia, en otro tiempo tan glorioso y tan poderoso, ha perdido su esplendor; las leyes son despreciadas; la justicia hollada; los crímenes más vergonzosos, crueles é intolerables se cometen con impunidad; la licencia ha llegado á ser un derecho..... La primera causa de estos males es vuestro rey, que no merece el nombre de rey, sino el de tirano; que, arrastrado por el demonio, pasa su vida en el crimen y en la infamia; que, empuñando inútilmente el cetro, no solamente da ocasion á los crímenes de sus súbditos con la debilidad de su gobierno, sino que los excita con su ejemplo..... Vuestra falta, hermanos míos, es grande también, puesto que el no resistir al crimen con vigor episcopal es fomentarlo. Lo decimos á nuestro pesar y gimiendo: vuestra conducta no es propia de pastores, sino de mercenarios; veis que el lobo devora el rebaño del Señor y huís; os ocultais en el silencio, como perros que no saben ladrar. Temo por vosotros, tanto más cuanto que no teneis excusa alguna..... Por esto os rogamos y amonestamos por la autoridad apostólica que os reunais para velar por los intereses de vuestra patria y por vuestra salvacion. Hablad al Rey despues de haber deliberado juntos, advertidle el desórden y el peligro de su reino; echadle en cara sus criminales acciones; procurad vencerlo con vuestras exhortaciones..... Si persevera en el mal, si no le conviene ni su propia gloria ni el interes de su pueblo, declaradle de nuestra parte que no puede evitar por más tiempo el rayo de la animadvertion apostólica. Entónces imitad á la Iglesia romana, vuestra madre; separaos enteramente de la comunión de ese príncipe;

(1) GLABER, *Chronic.*, II, 6.

prohibid en toda la Francia la celebracion pública de los oficios divinos. Si esta censura no le hace volver en sí, queremos que nadie ignore que con el auxilio de Dios harémos los mayores esfuerzos para librar de su opresion al reino de Francia. Y si os mostrais débiles en estas graves circunstancias, os privarémos de toda funcion episcopal, como cómplices de sus crímenes. Dios es testigo de que no nos mueve á esta resolucion más que el vivo dolor de ver perecer por culpa de un hombre á un reino tan noble y á un pueblo tan grande» (1).

Se ha dicho que el siglo XI fué un siglo de hierro (2); á decir verdad, toda la Edad Media ha sido una época de hierro, desde la invasion de los Bárbaros hasta la caida del régimen feudal. Las violencias eran universales é incesantes. Añádase á esto la corrupcion romana, la barbárie de los conquistadores y una ignorancia general. Una noche oscura reinaba en los espíritus y en las conciencias; todas las pasiones estaban desencadenadas. ¿De dónde vendrá la luz? ¿Quién tendrá la fuerza necesaria para encadenar á la violencia? Era necesario un poder más que humano, un poder que fuese respetado y temido como el órgano de Dios. No eran tiempos aquellos de libre desarrollo de las facultades del hombre; ántes de ejercer la libertad, los Bárbaros necesitaban ser dominados, sujetados, moralizados. Las leyes, que en su estado regular son suficientes, ó no existian ó eran ineficaces. Los jefes mismos de la sociedad, reyes y obispos, eran arrastrados por el torrente. El pontificado, armado con su derecho divino, era el único que podia luchar por el establecimiento de un órden moral; acometió esta obra heroica y la realizó en cuanto es posible á la debilidad humana.

El Pontificado ejerce un poder absoluto; domina en la Iglesia, domina en los pueblos y en los reyes. ¿Harémos causa común con los filósofos del siglo XVIII, para protestar contra esta tiranía? La tiranía supone la opresion y la violencia, al paso que el poder del

(1) GREGOR, *Epist.* I, 9 (MANSI, XX, 66).—FLEURY, *Historia eclesiástica*, LXII, 16.

(2) El cardenal Damian, que vivía en aquel desdichado tiempo, le ha dado ya este nombre (*De fuga dignitatum*, init. Opusc. XXI, t. III, p. 200).

Papa se fundaba en la fe y era aceptado por la conciencia general. En el siglo XI todo el Occidente es cristiano; ni un solo hombre se atreve á traspasar los límites de la ortodoxia, ni un solo librepensador duda de la revelacion. Ahora bien, el Pontificado es el órgano de la fe que reina en los espíritus; ¿cómo no habia de ser reconocida su autoridad? Hasta sus enemigos la reconocen. Enrique IV se humilla ante Gregorio VII; esta humillacion, que ha arrancado exclamaciones de cólera á los adversarios del Pontificado, es propia de un cristiano; el arrogante Emperador, sin dejar de luchar contra el Papa, reconoce que éste puede deponer á los reyes cuando abandonan la fe (1). Esto era reconocer la omnipotencia pontificia que combatia; en efecto, no puede ser rey si no es cristiano; como cristiano, está sometido al Papa; es, pues, súbdito de la Iglesia, súbdito del Papa.

Llegamos aquí á las raíces más profundas del poder pontificio. En el siglo XIX se procura en vano resucitar el Pontificado; se espera que, con poco que ayude el miedo á la libertad, la Iglesia podrá recobrar el poder que ha perdido. ¡Vanas pretensiones! La dominacion de la Iglesia es esencialmente espiritual; es decir que, para dominar, necesita estar en posesion de los espíritus; ahora bien, ha perdido el imperio sobre los espíritus, y no lo recobrará, porque hay completa oposicion entre las tendencias de la Iglesia y las tendencias de la sociedad moderna. Pero esto, que hoy es imposible, existia en la Edad Media; he aquí lo que deberian tener presente los apasionados enemigos del catolicismo. Los siglos XII y XIII son como el despertar del pensamiento humano; en ellos han nacido nobles inteligencias: ¿cuál es la opinion de aquellos grandes pensadores respecto de la Iglesia y del Pontificado? Empapados en las doctrinas cristianas, reconocen el imperio del jefe de la cristiandad. Escuchemos á San Bernardo dirigiéndose al Papa Eugenio: «¿Qué sois vos, qué funcion desempeñais en la Iglesia de Dios? Sois el gran sacerdote, el soberano Pontífice; sois el príncipe de los obispos, el heredero de los Após-

(1) «*Me.... nec pro aliquo crimine, nisi a fide, quod absit, exorbitaverim, deponendum*» (MANZI, XX, 472).

toles. Teneis la primacia de Abel, el gobierno de Noé, el patriarcado de Abraham, el orden de Melquisedec, la dignidad de Aaron, la autoridad de Moises, la judicatura de Samuel, el poder de Pedro, la unción de Cristo.» No hay nadie que se exima de esta soberanía: «Sois el jefe de todas las ovejas y de todos los pastores.» ¿Quién nos lo enseña? Aquel que ha dicho: «Apacienta mis ovejas»; y ¿á qué ovejas se referia? ¿A las ovejas de tal ó cual ciudad, país ó imperio determinado? Ha dicho: «Mis ovejas, es decir, no solamente éstas ó aquéllas, sino todas.» El poder de los papas alcanza á los príncipes lo mismo que á los súbditos: «Las dos espadas, la espiritual y la temporal, están al servicio de la Iglesia. Pero la una debe desenvainarse por la Iglesia y la otra para la Iglesia; la una por mano del sacerdote, la otra por mano del guerrero, pero segun la voluntad del sacerdote» (1).

San Bernardo es el órgano de los sentimientos de su tiempo. Abundan los testimonios. El dominicano *Raymundo de Peñafort*, célebre jurisconsulto (2), reconoce al Papa el derecho de excomulgar y de deponer á los príncipes cuando abandonan la fe. El místico *Hugo de Saint-Victor* no profesa otra opinion: «Al poder espiritual corresponde instituir el poder temporal; á él le toca juzgar á los representantes de este poder» (3). *Enrique de Gante* adjudica ambas espadas al Papa: «San Pedro era, despues de Cristo, el primer jefe de la Iglesia universal, y Cristo le dió dos llaves, dos espadas, de modo que le confió el gobierno de toda la Iglesia, tanto en lo espiritual como en lo temporal» (4). Los teólogos ingleses son igualmente explícitos: «Dios mismo, dicen, ha querido la unidad del gobierno, y ha delegado en el Papa el poder

(1) S. BERNARD, *De consider.*, IV, 3.

(2) RAYMUNDI, lib. I, tit. *de hæreticis*, § 7.

(3) HUG. S. VICTOR. *De sacram.*, lib. II, p. II, c. 4 (t. III, p. 607). *Quanto vita spiritualis dignior est quam terrena, tanto spiritualis potestas terrenam, sive secularum potestatem honore hac dignitate præcedit. Nam spiritualis potestas terrenam potestatem et instituere habet, ut sit, et judicare habet, si bona non fuerit. Ipsa vero à Deo primam instituta est, et cum decist, à solo Deo judicari potest.*

(4) EXR. GANDAV., *Quodlib.* VI, Qu. 33. Compárese á HUET, *Enrique de Gante*, p. 186.

soberano (1). El Papa es el rey de los reyes (2); es el árbitro supremo en todas las contiendas que se suscitan entre los príncipes, juzga la paz y la guerra, puede deponer á los reyes por causa de injusticia ó de inutilidad» (3). Los teólogos de Italia, *San Buenaventura*, *Santo Tomás de Aquino*, *San Antonino*, arzobispo de Florencia, *Isidoro de Milan*, dicen á una voz que las dos espadas pertenecen á los sucesores de San Pedro, y que los reyes deben obedecer los decretos de su voluntad (4). Filósofos y teólogos se ven igualmente arrastrados por las creencias generales; expresan bajo una forma científica los sentimientos intuitivos de los pueblos. La influencia de las opiniones dominantes es mayor aún sobre el derecho que sobre la filosofía ó la teología: el derecho es, por decirlo así, su verdadera expresión. Abrase el *Espejo de Suavia*, y se verá que «Jesucristo, al subir al cielo, dejó en la tierra dos espadas para defensa de la cristiandad, y las dió á San Pedro; la una para el juicio secular, la otra para el juicio eclesiástico; el Papa concede la primera al Emperador, y la otra es conferida al Papa mismo, para que juzgue como debe» (5).

(1) ALEX. DE HALES, part. IV, quest. 10: «*Veluit Deus quosdam in alios plures habere potestatem, et deinde in illos alios pauciores, et sic semper, donec diceretur ad unum scilicet Papam, qui sub Deo immediate est.*»

(2) ROBERT HOLCOT. *Liber Sapientie*, sect. 200: «*Hic est rex regum, cui omnes subsunt nationes et populi.*»

(3) «*Ratione iniquitatis vel inutilitatis suæ personæ.*» (J. BACONTHORP., in *Prolegom.*, IV lect., Qu. 11).

(4) SAN BUENAVENTURA, *De Ecclesiæ hierarch.* Pars. II, c. I (t. VII, p. 256). Los sacerdotes y los pontífices pueden, por motivos suficientes, deponer á los reyes y á los emperadores. ¿Cuáles son estos motivos suficientes? «*Principum malitia, reipublicæ necessitas.*»

SANTO TOMÁS DE AQUINO (*Secunda secundæ*, Qu. 60, art. 6): *Potestas secularis subditur spirituali, sicut corpus animæ.*

SAN ANTONINO. In *Summa*, P. III, tit. 22, c. 3, § 7: *Potest ipsa reges ex causa rationabili deponere.*

ISIDORO DE MILAN (*De imperio milit. Eccl.*, t. VIII, concl. 3): *Papa potest, eorum demeritis exigentibus, imperatorum et regem deponere.*

Tomamos estos datos de BELLARMINO, *De potestate summi pontificis in temporalibus.*

(5) SCHWABENSPIEGEL, *Vorwort*, § 11.—El *Espejo de Sajonia* dice también que el Papa puede excomulgar al Emperador por tres motivos: 1.º, si fuese hereje; 2.º, si abandona á su mujer; 3.º, si destruye las iglesias (SACHSENSPIEGEL, II, 57, § 1).

El Papa ha recibido, pues, sus poderes de Jesucristo; es casi un sér sobrenatural; su palabra es la voz de Dios (1). Hé aquí por qué el Pontificado tuvo tan gran poder sobre los espíritus. En la lucha decisiva que Gregorio empujó con el episcopado buscó apoyo en el pueblo; con su auxilio impuso el celibato al clero, y destruyó la simonía. Como jefes de la opinión pública, destronaban los papas á los reyes y á los emperadores; sus sentencias no eran eficaces más que por el apoyo voluntario de los fieles. ¿Debemos considerar por esto á los papas como los defensores de las franquicias populares? Había en el Pontificado un elemento democrático, puesto que la monarquía cristiana era electiva; hombres nacidos en las últimas clases sociales llegaban á la primera dignidad de la tierra; Gregorio VII era hijo de un carpintero. Puede decirse también que las simpatías de los papas como cristianos debían estar por las clases oprimidas por los reyes y por los nobles, porque el Pontificado y los pueblos tenían en cierto modo los mismos enemigos. Sin embargo, sería tergiversar la historia el transformar los papas en demócratas. Su intervención fué, en general, favorable á los intereses populares, pero no intervenían en nombre de la libertad y de la igualdad; su misión era una misión de dominación y no de libertad. Abrazaron el partido del pueblo mientras las naciones no fueron más que masas creyentes sin conciencia de sí mismas, ciegameamente obedientes á las palabras de la Santa Sede; pero en cuanto los primeros albores de la libertad alumbraron á la Europa feudal, los papas se declararon por los reyes y contra los pueblos. La carta magna impuesta en el siglo XIII al rey de Inglaterra por sus barones es el principio del régimen, que tiende á ser el derecho común de la Europa. ¿Favoreció el Pontificado aquellos primeros pasos hacia la libertad? Proscribió la carta magna como una obra impia; si hoy disfrutamos de las ventajas del gobierno representativo es á pesar de los anatemas de la Iglesia; es-

(1) GODOFREDO DE VITERBO, en un diálogo entre el Papa y el Emperador, representa al Papa como un sér de naturaleza superior.

«*Spiritus est Papa, carnis velamine clausus,*

Hunc quasi terrenum describere quis foret ausus?»

(MURATORI, *Script. Rer. Italic.*, t. VII, p. 457.)

ta no se hubiera opuesto á que la libertad fuese ahogada en su cuna.

También han sido exaltados los papas como defensores de los sagrados derechos de la inteligencia contra la fuerza bruta (1). Verdad es que los papas lucharon en la Edad Media con los representantes de la fuerza. El feudalismo era una edad de violencia; demos gracias á Dios, porque, al lado de aquellos hombres que no conocían más derecho que el del más fuerte, ha puesto la Iglesia, cuya existencia era completamente espiritual. La victoria del Pontificado ha sido la victoria del espíritu sobre la materia. Si los reyes hubieran triunfado en aquella época en que los príncipes no eran más que los jefes de la aristocracia feudal, la humanidad hubiera perecido; la especie humana se hubiese transformado en animales feroces y en animales de carga. El triunfo de los papas salvó el porvenir de la Europa. Pero su victoria era debida, no á la fuerza de la razón, sino al poder de la fe. El Pontificado no tenía la misión de favorecer la libertad de la inteligencia. Su poder era un poder educador, que supone pueblos en la infancia intelectual y moral; la educación, emancipando los pueblos, debía naturalmente poner término á la dominación de la Iglesia. El Pontificado lo presintió; así es que no ha habido enemigo más encarnizado de la libertad intelectual. Aquel pretendido órgano de la inteligencia encendió hogueras para el pensamiento, organizó la Inquisición para destruir toda disidencia sobre el dogma, suscitó las guerras más sangrientas para volver á atraer al seno de la Iglesia á los pueblos que se habían separado de ella. Esto no quiere decir que el Pontificado no ha sido en la Edad Media un principio civilizador; él era el único que poseía las riquezas literarias de la antigüedad, el único que tenía afición á los estudios y tiempo para cultivarlos. Pero el Pontificado no podía ser un elemento de civilización más que dentro de los límites del cristianismo con los sentimientos y las preocupaciones cristianas. La fe dominaba á la ciencia y la absorbía. El día en que la ciencia se separó de la fe, el Pontificado declaró guerra á muerte á todos aquellos cuya libertad de pensamiento traspasaba los límites de su dogma inmutable;

(1) LAMENNAIS, *Del Catolicismo en sus relaciones con la sociedad política.*

esta guerra no tendrá fin hasta que el Pontificado haya dejado de existir.

La misión del Pontificado, así como la del catolicismo, no era más que transitoria. La Iglesia ocupa un lugar determinado en la escala infinita del desarrollo de la humanidad. Su existencia está íntimamente unida con el destino de los pueblos bárbaros que destruyeron el Imperio romano: estaba llamada á moralizarlos y educarlos por medio de la fe. La Iglesia era digna de esta misión, porque en una edad de barbarie, de inmoralidad y de ignorancia, solamente ella ofrecía asilo á la ciencia, solamente ella presentaba modelos de la perfección cristiana: como poder espiritual, en toda la extensión de la palabra, dominaba por la superioridad de la razón y de la sabiduría. Pero esta dominación era por su naturaleza misma pasajera. El mundo no es ya el de la Edad Media: no es ya víctima de la fuerza bruta, no necesita ya un poder educador que lo domine y lo guíe como á un niño por medio de la fe ciega. Las facultades de que Dios ha dotado á la humanidad se han desarrollado en rica variedad. La moralidad se ha elevado á la idea del derecho y del deber. Algunos elementos de civilización que la Iglesia condenaba han adquirido una fuerza inmensa, irresistible. El cristianismo maldice la materia, y hoy la materia reobra contra el espiritualismo y amenaza á su vez con una dominación exclusiva si no se presenta otra doctrina más comprensiva que la de la Iglesia que le conceda el lugar legítimo que le corresponde en el orden social. ¿Cuál será el término de este movimiento que arrastra á los pueblos? Una civilización más avanzada que el cristianismo. Ya en los tiempos presentes el progreso de las artes, de las ciencias, de las letras, se realiza fuera de la Iglesia. La Iglesia ha dejado de ser el poder espiritual hace siglos. ¿Dónde están los artistas que se inspiran en la doctrina cristiana? ¿Dónde están los poetas que cantan los misterios del cristianismo? ¿Aun estamos esperando la ciencia católica que había de sellar la alianza de la fe y del pensamiento. La ciencia y el catolicismo han llegado á ser tan antipáticos que se prohíbe á los futuros ministros de la Iglesia saludar la ciencia, como un escollo contra el cual necesariamente se estrellaría su fe. El poder, que sigue llamándose poder espiritual, no puede mantenerse más que por medio de

la ignorancia; no domina más que donde reina la ignorancia, y para perpetuar su dominación se ve fatalmente impulsado á perpetuar la ignorancia. Todos los elementos intelectuales de la sociedad presente se desarrollan fuera de la Iglesia y son hostiles á la Iglesia.

La misión del Pontificado ha concluido; no la hay más gloriosa en la historia de la humanidad. Pero sucede con la Iglesia lo que con todos los poderes del pasado; se sobrevive á sí misma, conserva sus antiguas pretensiones, sin advertir que todo ha cambiado al rededor suyo, mientras ella se conserva inmóvil. El Pontificado en el siglo XIX sería un inmenso anacronismo. El fundamento de su poder ha desaparecido. Dominaba por la opinión pública, tenía á su favor la conciencia general; ahora bien, no solamente ha perdido la opinión pública, sino que ésta le es hostil. Hace cuatro siglos que la mitad de la Europa se ha divorciado de una manera ruidosa de la iglesia ortodoxa, y el escándalo de esta separación se va perpetuando. En el seno mismo de la sociedad católica, el Pontificado no tiene más que una existencia nominal: es una sombra del pasado.

Ha habido en el siglo XIX un hombre de genio que, lleno de fe en el poder de la doctrina católica, creía que todavía esperaba un brillante porvenir al Pontificado. *Lamennais* llamó al Soberano Pontífice «á restablecer el perdido equilibrio de la naturaleza humana y de sus indestructibles leyes, efectuando al mismo tiempo la unión íntima de la fe y de la ciencia, de la fuerza y del derecho, del poder y de la libertad.» Para realizar tan elevada misión, el atrevido pensador excitaba al Pontificado á romper las cadenas que lo unen á los reyes, y á abrazar la causa de los pueblos, á los cuales pertenece el porvenir (1). Este llamamiento no fué escuchado; el célebre escritor fué solemnemente advertido de que se

(1) LAMENNAIS, en *l'avenir*. El ilustre escritor señalaba al Pontificado la misión de realizar la unidad. «De Roma, dueña de sí misma y libre de los lazos que la ligaban hacía siglos á las soberanías temporales, emanará á un mismo tiempo el movimiento regular que conducirá á las naciones cristianas hácia los magníficos destinos que todavía no hacen más que entrever, y la vivificadora energía que, penetrando en los pueblos hasta aquí rebeldes al cristianismo, constituirá en la unidad, según las promesas divinas, á la humanidad entera.»

había equivocado al querer la alianza del catolicismo y de la libertad. La misión que *Lamennais* pretendía para los papas es una gran ilusión; el Pontificado ha tenido razón al rechazarla, mirando á sus intereses; no puede ya vivir, no puede vegetar más que en la sombra y bajo el apoyo de las potencias de este mundo, á las cuales dominaba en otro tiempo. Á los que todavía sueñan con la conservación del Pontificado les diremos: «Ved lo que sucede en Roma. Cuando vivía el Pontificado, cuando ejercía ese poder espiritual que reclamais para él, el Papa era venerado como el representante de Dios en la tierra; hoy sigue con la pretensión de ser el Vicario de Cristo, pero la antigua veneración ha sido reemplazada por una desdénosa indiferencia» (1). En la Edad Media el Papa era el verdadero soberano de la cristiandad; hoy únicamente se sostiene en el Vaticano por la protección de un pueblo inérrido por excelencia. Tales son los signos de los tiempos. Que los que tienen ojos los abran y vean.

SECCION II: — EL PODER ESPIRITUAL.

§. I. — La idea del poder espiritual.

El pontificado dominaba en la Edad Media como poder espiritual. ¿Qué es el poder espiritual? La idea de este poder data del cristianismo; implica la separación de lo espiritual y de lo temporal, entraña la separación de la Iglesia y del Estado, la división de la soberanía entre el Papa y el emperador, y en realidad la su-

(1) CHATEAUBRIAND conocía en 1829, como embajador, las pequeñas intrigas que se agitan en la capital del mundo cristiano cuando la elección de un Papa. En sus *Memorias* dice: «Al mundo, tal cual hoy está, no le importa dos cuartos el nombramiento de un Papa, las rivalidades de las coronas y las intrigas del interior de un cónclave.»